

Rayo de Luz

Viaje Mágico 9 y 10 de Octubre: Monasterio de Piedra

Taller de Hadas II

Hasta hoy no me había dado cuenta de la huella que dejó este viaje en lo más profundo de mi ser. Hasta hoy no me había dado cuenta que junto con el Cañón de Río Lobos ha supuesto el principio del comienzo, el principio de lo que fue una de mis mayores crisis a lo largo de este Camino de la Estrella... y uno de mis mayores resurgimientos (aunque aún no me he puesto en pie del todo... poco a poco).

Por norma general las actividades de Rayo de Luz suelen causar una serie interminable de sensaciones y sentimientos, y desde luego este viaje fue el responsable de que alguna de las almitas presentes vivieran un torbellino interior considerable. Y también fue el responsable de que aprendiésemos más del Universo y de nosotros mismos de lo que realmente hemos llegado a asimilar (para variar...).

Esta vez no quiero escribir sólo un Acta en la que queden reflejados los minutos y las horas del fin de semana, porque eso ya lo hice y creedme si os digo que fue una pérdida de tiempo. Esta vez quiero hacer algo diferente que nos recuerde lo más mágico de este viaje, así que perdonadme porque voy a dejar muchos detalles en el tintero, para centrarme en los que consideré y considero los cuatro puntos más importantes de aquellos días. Hablaré por lo tanto y para abrir la veda de la segunda parte del Taller de Hadas, la teórica.

Fue la tarde del sábado, justo después de haberme pasado más de hora y media esperando en Empalme a que el coche de Dirección me recogiera, acosada por mi mente que no desistía intentando que creyera que se habían olvidado de mi. Después que la espera se viera recompensada con un gran achuchón de Margarita y la confirmación de que el viajero misterioso era Gabriel. Después que en la recta final del recorrido Azucena acelerase haciendo que el coche más que rodar volase, mientras Margarita “dormía” y Gabriel y yo nos reíamos de “Producción y su obsesión horaria” contando los minutos de retraso que llevábamos. Después de repartir las habitaciones y comer, y justo después que Rosa y Azucena me dieran una clase práctica muy

convinciente sobre a qué altura deben ir los pantalones, mientras Gabriel y yo nos mirábamos con cara de circunstancias.

Fue justo entonces cuando nos repartimos en los coches hasta llegar a un cañón cerca del pueblo de Jaraba, en el que buscamos un rincón protegido del viento para disfrutar de nueva información sobre las Hadas, y especialmente sobre aquella de quien tanto queríamos oír hablar: el Hada Madrina. Nos colocamos como pudimos mientras Margarita se sentaba sobre los “restos” del tronco de un árbol, y Dulce sacaba una bolsa repleta de chucherías, a la que Gabriel no dudó en aferrarse para repartir las gominolas de forma equitativa... con la excusa no paraba de comer, hasta que logré arrebatarle la bolsa en un despiste, sin saber que él ya tenía otro quehacer recogiendo plumas de buitre (o eso creíamos).

Y fue justo entonces cuando me entró la risa nerviosa entre las explicaciones de Margarita, a la cuál se unió la risa nerviosa de Mila, sumado a una crisis ortográfica por mi parte (girnarda, girnalda, guirnarda... ¡guirnalda de flores!) que asustó a Margarita por si descubrían que su cronista no sabía escribir... Claro que más nos asustó ella cuando casi se cae al partirse el resto del tronco (mientras su botella de agua aparecía de pronto comprometiendo sus posturas), y demostrándonos una vez más las propiedades únicas de su voz ya que un pequeño grito hacia mi: “¡Calla!” con el fin de que no diese constancia de su particular “método de giro”, resonó por todo el cañón, pero sin ser eco si no más bien como si todos sus cuerpos hubiesen gritado a la vez, cada uno desde una roca diferente en varios metros a la redonda.

No obstante no penséis que en esto quedó todo, porque entre delirios logramos tomar buena nota y aprender mucho más de esos Seres de Luz tan especiales. Y terminada una breve serie de preguntas (en la que me llevé una gran “bronca” – merecida – de esas que te hacen sentirte pequeñita y ver a Margarita enorme), pasamos a una ronda de preguntas especiales, en las que lo verdaderamente especial era la proveniencia de las respuestas: las Hadas. Cada cuál se lo tomó como pudo. Hay quien tuvo que repetir, quien hizo más de una y quien debería haber hecho otra y no se atrevió. Pero si una cosa quedo clara fue que las respuestas, en mayor o menor medida, nos llegaron al corazón.

Y es ahora cuando entro en lo que considero otro de los puntos importantes del viaje... el instante en que nos levantamos y recogimos para regresar al hostel. Bueno,

no os voy a contar lo que había que meter en cada mochila ni de quién eran las mantas, no os preocupéis. Lo que os voy a contar es lo que ocurrió cuando Mila y yo regresamos de cumplir con nuestras necesidades fisiológicas y de traumatizarnos con el tema de las Almas Gemelas...

Lo que ocurrió cuando nos acercamos de nuevo al grupo para ser recibidas con un grito imponente que nos devolvió a la realidad “invitándonos” a que apagásemos la linterna. Lo que ocurrió cuando cohibidas a la vez que molestas por la brusquedad, la apagamos, descubriendo lo que les mantenía a todos inmóviles y en silencio bajo en cielo nocturno: OVNIS.

Ahora lo que ocurrirá es que nos echan seguro del país... Así que para los que tengan intención de juzgarnos o achacarlo a nuestra imaginación, diré que eran paranoias nuestras, que simplemente eran aviones o estrellas fugaces jugando con los límites de la gravedad, y que los “extraterrestres” no existen. Por supuesto también diré que son unos ingenuos por creerse mentiras como la que acabo de decir, mentiras que nos cuentan día tras día respecto a esto, y respecto a muchas otras cosas.

Ocurre que para aquellos que busquen la verdad, ni más ni menos, les diré que ahora mismo podría enumerar una serie de aspectos físicos, matemáticos y lógicos que aclararían sin más dilación por qué éramos conscientes de que lo que estábamos viendo no eran aviones ni estrellas fugaces, si no “bolitas de luz” con vida propia brillando más cerca de lo que se pueda imaginar, pero las explicaciones coherentes y razonables se las dejaré mejor a los “especialistas” que necesitan demostrar la existencia de algo que además de existencia es evidencia. La conclusión: un avistamiento en toda regla. Y ocurrió que con expresiones del tipo: “¡Qué fuerte!”, asustados algunos e impresionados todos, recibimos este gran regalo del Universo. E impactados por el alcance de lo que acabábamos de presenciar, en silencio y con las linternas alumbrando el suelo para no deslumbrar a nadie (y esta vez no sólo a Margarita), regresamos a los coches, no sin antes descubrir cuál había sido el verdadero entretenimiento de Gabriel, que tenía más relación con crear símbolos que con plumas... no fue de extrañar por lo tanto, que hubiese Ovnis “cotilleando”.

De lo que no me olvidaré fue de un momento en el coche cuando Azucena estaba concentrada en la carretera y Margarita tuvo la feliz idea de decirle: “Oye, si de repente aparece una luz muy grande delante tú tranquila, paras despacio en el arcén

que no es precisamente un autobús, y hay que bajarse a saludar”. La carcajada fue general en los asientos traseros (Rosa, Gabriel y yo), hasta que me di cuenta: “Me temo que lo está diciendo en serio”. Entonces quien se rió fue Margarita ante nuestro asombro, y al final todos al imaginar a Dulce abriendo la puerta de su coche y huyendo despavorida...

Entre estos dos puntos que pertenecieron al sábado y los dos siguientes que formaron parte del domingo, pasaron algunas cosillas que quiero relatar, porque fueron de suma importancia para mí.

He de decir que una vez en el Hostal, subimos a las habitaciones y me desplomé. No sin antes avisar a Rosa, quien me dio coca-cola y muchos mimos. Bajando al comedor Margarita me recomendó espárragos (no sé si era algún tipo de indirecta con connotaciones sexuales, pero prefiero seguir en la ignorancia...), así que cambié uno de los platos. Claro que si llego a saberlo cambio también el segundo, porque muy espabilada no estuve con la trucha... Definitivamente recuerdos como este son los que van a provocar que termine siendo “vegetariana por necesidad”, ya que entre el rechazo a la carne y la manía al pescado...

El postre incluyó las fotos del Cañón de Río Lobos, que pasaron de mano en mano bajo análisis intensivo. Dulce encontró una hermosa explicación que nos dejó obnubilados (sobre todo a Margarita) sobre una foto del grupo en la que los colores aparecían mezclados... “Es porque el grupo somos uno. Por eso salimos todos juntos, formando uno sólo...”.

Al retirarnos Rosa anunció que iba en busca de la manta por si nos hacía falta, dada la hipotermia sobre la que Margarita nos prevenía insistentemente. Y yo decidí acompañarle, sin saber que no volvería al hostal hasta mucho después.

La situación fue la siguiente: dimos las buenas noches y llegamos al coche alumbradas por su “luz interior”. Todo parecía normal, hasta que con la manta en la mano nos encaminamos al hostal, y cuando no llevábamos ni dos pasos Rosa dijo: “Anda, un gato”. Me giré y allí estaba. Blanco, precioso y tremendamente cariñoso. Me enamoré en menos de un segundo, mientras él no cesaba de pedir mimos además de no cesar en darlos. Resultado: Rosa tuvo que subir a la habitación en busca de Margarita... Entended que yo sin saber el por qué del gato no me iba a mover.

Estuve sola con él tanto tiempo que ni me acuerdo, y terminé en el suelo achuchándole y dejándome achuchar. Con un tierno maullido en respuesta a mis palabras nos quedamos mirando las estrellas, sentados en silencio.

Rosa reapareció con Margarita y con un polar para salvarme. A partir de aquí he de reconocer que todo fue muy extraño, pero finalmente (aunque a regañadientes) comprendí que aquel gato mágico no me correspondía como compañero de viaje, si no que era una prueba más antes de encontrar al que sí me correspondería. Prueba superada, espero, aunque con más de media hora de lágrimas sin soltar a Margarita, a quien nunca me cansaré de dar las gracias por las cosas que hace por nosotros, y aquella noche por mi, sobre todo teniendo en cuenta que bajó agotada y en pijama (tras una impresionante exhibición de maestría en el uso de la toalla como sustituto de la ropa... para más detalles al respecto preguntar a Rosa). Y tampoco me cansaré de agradecerle a Rosa que se quedase a mi lado, prestándome su apoyo incondicional en un momento en que tanto necesitaba su amor y su amistad.

De vuelta al Hostal, dejando al gato mágico en la puerta tras ser rechazada mi intención de dormir con él, y dejando a un lado la preocupación de Azucena que Rosa no dudó en zanjar, pasé por la habitación de Mila, Laura, Dulce e Isabel para llorarles un poquito a ellas. De nuevo en mi habitación descubrí que Gabriel ya dormía, Azucena estaba a punto y Rosa deseándolo. Vamos, que con las luces apagadas y después de un ataque de risa entre Rosa y yo ante la posibilidad de que al caerme de la litera convirtiese a Azucena “en una calcamonía”, nos quedamos dormidas.

Retomando los cuatro puntos más importantes del viaje, y habiendo dejado ya dos de ellos reflejados lo mejor posible (siempre quedan cosas indescriptibles en el aire que es necesario vivir), continuaré con el tercero, que llegó al terminar una larga y difícil noche, en la que me desperté tantas veces que perdí la cuenta, en la que soplaba un viento estrepitoso que más bien parecía un vendaval. Noche en que las zapatillas de Gabriel casi salen volando por el balcón si no las llega a recoger Azucena, quien en consecuencia casi se cae medio dormida sobre Rosa. Noche en que cierta alarmita sonaba sin tener que hacerlo. Noche de calor insoportable... Que como bien dijo Isabel: “Y la hipotermia, ¿para cuando?”.

Como decía, tras una noche difícil amanecimos no sé ni cómo, y tampoco sé cómo Azucena consiguió disimuladamente ser la última en ducharse para pasar más tiempo bajo las mantas. Y despiertos (unos más y otros menos) y limpios (físicamente, porque del resto mejor no hablar) bajamos a desayunar, dando paso al tercer punto que he anunciado antes: la visita al Monasterio de Piedra. O lo que es lo mismo, la parte práctica del Taller... visita a las Hadas.

Fuera de los coches el frío apretaba, pero Margarita se empeñó en que dentro del recinto haría más calor y que con una chaqueta bastaba... Seamos sinceras: dentro hacía más frío si cabe. Lamento decir que a partir de ahora, en lo que se refiere a la temperatura, haremos lo contrario a lo que Margarita recomiende. Si se piensa es lo que solemos hacer con todo lo que nos dice... lo contrario... pero ¡esta vez está justificado!.

A pesar del frío y el cansancio conseguimos llegar bastante rápido hasta el Lago del Espejo (que dado su estado debería llamarse más bien “el lago sin reflejo”), atravesando algunos rincones especialmente mágicos, como el puente donde se vuela... o el antiguo hogar de mi trucha (qué mal...).

Lo difícil de verdad fue que Margarita encontrase un lugar apropiado para hacer el ejercicio que nos tenía preparado, dificultad debida a la cantidad de gente que pasaba y la posibilidad de que no nos respetasen, posibilidad que después se hizo realidad. Una vez localizado el sitio nos sentamos, y explicadas las “instrucciones básicas de vuelo”, nos dispusimos a darles los buenos días a las Hadas.

El resultado fue variado, pero más de uno tuvo la suerte de captar el fugaz vuelo de un Hada juguetona, aunque no tanto como nos hubiese gustado. Otras lo que tuvimos fue una irritación ocular causante de una riada de lágrimas... De todas formas dicen que es cuestión de práctica, así que me veo en obligación de avisar a las Hadas que nos rodean para que se vayan preparando, porque el día menos pensado no dudaremos en saludarles al verles pasar.

El cuenco tibetano de Margarita causó sensación, y quisieron “probar”. Yo en realidad no quise porque estaba achuchando a Rosa, y me encontraba tan a gusto que lo que menos me apetecía era soltarle.

Emociones a flor de piel, botellas de agua llenas y minerales recién “duchados”, salimos del Monasterio directas al Hostal.

Teóricamente el viaje llegó a su fin cuando terminamos la comida. Cuando se nos pasó el trauma de la simbología lineal de las manos. Cuando descubrí que la pelota de Gabriel vibraba mientras Dulce alardeaba de su “vibrador manual” (sin comentarios). Cuando Margarita le dejó claro a Dulce que tanto ella como su vibrador (mejor lo explico: una pelota con una mano amarilla sonriente dentro... lo del vibrador es que no tiene explicación) se volvían a Madrid con todos sus cuerpos, sin excepción. Cuando nos hubimos despedido fue cuando dimos paso al cuarto y último punto del viaje, ya que aún quedaba una cosilla pendiente: la visita a la Pilarica.

Carretera y manta hasta Zaragoza. Una hora de curvas, molinos de viento y mucho sueño que concluyeron en un parking, antes de aventurarnos entre la multitud y llegar hasta la puerta de la Catedral. El coche de Rosa tardó mucho más, por la ausencia de aparcamiento posiblemente producida por los restos de los sucesos acontecidos en la última visita al Pilar. Lo que no sé es cómo nosotras fuimos tan rápidas estando yo en el coche... habrá que tener en cuenta la presencia de Margarita.

Se puede resumir lo acontecido reconociendo el hecho de que más que visitar la Catedral lo que visitamos fue la tiendecita del interior... Rosa, Mila, Laura e Isabel llegaron justo cuando Margarita ya me había convencido disimuladamente para que comprase cierta llave, y quién iba a decir que las tres últimas personas que he nombrado terminaron con la misma llave... Casualidades de la vida.

De todas formas no creáis que llegar hasta Zaragoza en pleno puente del pilar sólo era para encontrar las llaves... Tuvimos nuestra visita a la Catedral y las flores que iban desde Madrid llegaron a su destino a los pies de la Virgen. Tuvimos además a Mila en pleno torbellino emocional y a Margarita tambaleándose. Tuvimos a Isabel limpiando temas pendientes (ahí me incluyo) y a Laura recuperándose del “mosqueo” que tuvo durante todo el fin de semana. Tuvimos hasta la aparición de una señora que entre cientos de personas eligió a “la rubia” para preguntarle la ubicación de la Virgen...

Y tuvimos en conclusión un gran cierre de telón para lo que fue un fin de semana de esos que se quedan grabados en el Alma sin que sepamos hasta qué punto son importantes para nuestra evolución. Dos días llenos de Luz y Amor, acompañados de buenos y malos momentos, tristezas y alegrías, risas y lágrimas... en definitiva,

aprendizaje. Dos días únicos, inolvidables e irrepetibles que nos ayudaron de forma consciente o inconsciente a dar otro pasito más en nuestro camino... aunque luego lo hayamos hecho unos mal y otros fatal durante el resto del mes de Octubre... Pero dicen por ahí que después de la tormenta siempre llega la calma, y creedme si os digo que son estas experiencias de trabajo en grupo e individual con la ayuda de quien ya sabemos, las que hacen que consigamos esa calma, las que hacen que superemos las tormentas para ver brillar el sol con más fuerza y más alto cada vez.

Gracias a los que estuvisteis por compartir vuestra Alma, por vuestro Amor y vuestra Luz. Gracias Margarita por enseñarnos a extender las alas y encontrar esa Luz de nuestra Alma en estos tiempos que corren, donde la oscuridad pretende adueñarse del mundo. Gracias por enseñarnos que tropezar no es caer y que caer no es rendirse y que rendirse no es abandonar los sueños si no levantarse para retomarlos y hacerlos realidad. Gracias, porque ahora sí sentimos cuando decimos aquello de: “hadita rosa, hadita rosa...”

Almudena Paz